

Lectura del segundo libro de Samuel (12,1-7a.10-17):

En aquellos días, el Señor envió a Natán a David. Entró Natán ante el rey y le dijo: «Había dos hombres en un pueblo, uno rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes; el pobre sólo tenía una corderilla que había comprado; la iba criando, y ella crecía con él y con sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso, durmiendo en su regazo: era como una hija. Llegó una visita a casa del rico, y no queriendo perder una oveja o un buey, para invitar a su huésped, cogió la cordera del pobre y convidó a su huésped.»

David se puso furioso contra aquel hombre y dijo a Natán: «Vive Dios, que el que ha hecho eso es reo de muerte. No quiso respetar lo del otro; pues pagará cuatro veces el valor de la cordera.» Natán dijo a David: «¿Eres tú! Pues bien, la espada no se apartará nunca de tu casa; por haberme despreciado, quedándote con la mujer de Urías, el hitita, y matándolo a él con la espada amoníta. Así dice el Señor: "Yo haré que de tu propia casa nazca tu desgracia; te arrebataré tus mujeres y ante tus ojos se las dará a otro, que se acostará con ellas a la luz del sol que nos alumbraba. Tú lo hiciste a escondidas, yo lo haré ante todo Israel, en pleno día."» David respondió a Natán: «¡He pecado contra el Señor!» Natán le dijo: «El Señor ha perdonado ya tu pecado, no morirás. Pero, por haber despreciado al Señor con lo que has hecho, el hijo que te ha nacido morirá.»

Natán marchó a su casa. El Señor hirió al niño que la mujer de Urías había dado a David, y cayó gravemente enfermo. David pidió a Dios por el niño, prolongó su ayuno y de noche se acostaba en el suelo. Los ancianos de su casa intentaron levantarlo, pero él se negó y no quiso comer nada con ellos.

Salmo 50,12-13.14-15.16-17

R/. Oh Dios, crea en mí un corazón puro

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu. R/.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti. R/.

¡Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza. R/.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (4,35-41):

Un día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos: «Vamos a la otra orilla.» Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó un fuerte huracán, y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba a popa, dormido sobre un almohadón.

Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?» Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago: «¡Silencio, cállate!» El viento cesó y vino una gran calma.

Él les dijo: «¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?» Se quedaron espantados y se decían unos a otros: «¿Pero quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!»

Comentario

David había cometido el pecado con múltiples circunstancias agravantes y no había recapitado sobre él. Tal como lo presenta este relato bíblico, habían pasado meses, puesto que está a punto de nacer el hijo del adulterio. David aparece como una conciencia adormecida en el pecado. La voz de Natán es la voz de la conciencia que despierta. La gráfica parábola que le presenta el profeta hace que David, con su sentido de rectitud, pronuncie una condenación contra el usurpador protagonista de la parábola, no cayendo en la cuenta que el juicio condenatorio lo pronuncia contra sí mismo.

David, apeteciendo lujuriosamente a la mujer de Urías, buscó la muerte de éste. Aparece entonces Natán y tiene con el rey la conversación que recoge la primera lectura de hoy. El rico que, para dar de comer al huésped, roba la única res que tiene el pobre, en vez de matar una de las suyas. David admite que quien tal hizo es digno de muerte. "Pues tú eres quien hizo esto, al robar la mujer de Urías." David reconoce su pecado y Dios se vuelve a él con su perdón. Dejando aparte el castigo que tendrá que soportar el hijo de David y de la mujer de Urías, narración escrita en estilo propio de la mentalidad del tiempo, lo que aparece bien claro es que, la misericordia de Dios va íntimamente ligada a la capacidad que uno tiene para admitir sus propias faltas. En cierta medida, esa figura del poderoso abusando del pobre, ¿no representa a cada uno de nosotros? Nuestra es la respuesta.

El relato de la tempestad calmada lo relatan los tres evangelistas. La barca en medio de la tempestad ha sido frecuentemente considerada como una alegoría de la Iglesia. Y esta imagen adquiere todo su sentido en la actual coyuntura de la Iglesia. Nos encontramos en medio del mundo en una situación nada fácil.

En el evangelio de hoy los discípulos reconocen la propia limitación e inconsistencia; se sienten impotentes ante algo que los supera, pero cuentan con que "Jesús es el Señor," con un señorío que no puede quedar limitado por fuerzas incontrolables y salvajemente destructoras. Cristo a través de este milagro quiere confirmar la fe de sus apóstoles en él. Esta fe debe superar el miedo y la desconfianza. Ante el peligro ¿Aún no tenéis fe? Les reprocha el Señor. Su fe en Cristo no era todavía sólida, no podía serlo. Necesitarían la luz pascual de la resurrección para llegar a la fe madura. ¿Quién es este? Se preguntan al final. Este es Dios, será la conclusión

Cristo subido a nuestra barca, que es la Iglesia, no la abandonará jamás, viene dispuesto a correr nuestra suerte hasta el final, la barca llegará a buen puerto.

Pero a nuestra fe en el Dios soberano le acucian muchas preguntas, el hombre moderno duda ante las situaciones de muerte y dolor que se dan en el mundo. No es preciso seguir mirando hacia Auschwitz; nos basta con Haití o con las devastadoras inundaciones de Australia. ¿Es que Jesús, Señor omnipotente del mundo y de la historia, está dormido? No es fácil dar una respuesta satisfactoria: pero no olvidemos que primero echamos a Dios de nuestro mundo y luego nos quejamos de que no está. Él, bueno y poderoso, está muy por encima de nuestras incoherencias. Quizá lo más adecuado sea nuestra admiración de creyentes que no abarcamos el misterio y tenemos seguir preguntándonos "¿quién es Éste?"